

ESTOS DIARIOS O LO QUE SEAN.

LORENZO ALMAR

CAPÍTULO 14

MI TÍA GRACE KELLY

Para mi tía, naturalmente. También a la memoria de Doña Rosario. Y a mis primos, por su ayuda en parte de la reconstrucción de esta historia.

*“... y la vida era otra, de viento y de cielo,
de hojas y de nada.*

*Alguna vez retorna
en la quietud inmóvil del día la memoria
de ese vivir absorto, en la luz asombrada.”*

CESARE PAVESE (Lavorare stanca)

HOLA, PRECIOSO

Mi padre no me dijo porqué aquel día, después de comer, íbamos a ir a ver a tía Tina. Tenía que darnos algo. Era raro que mi madre no viniese a ver a su hermana pequeña. Es probable que, siendo mi hermano un bebé, no era cuestión de andar zancaneando media hora larga para llegar al metro, además teniendo que cruzar el puente de Legazpi con un niño de siete meses. Casi en la puerta de casa podíamos haber cogido el autobús nº6, que nos llevaría hasta allí, pero había que esperar lo suficiente en la parada como para quedarnos todos peladitos con los fríos que hacía. La opción de un taxi no era posible en el presupuesto familiar.

Así que allí iba yo, cogido de la mano de mi padre, atravesando el puente bien enfundado con mi pasamontañas en la cabeza y el frío convertido en viento; las solapas de la gabardina de mi padre azotaban su cuello. Un puente áspero.

No olvidaré nunca como era cruzar este puente. En verano el sol te arañaba con ganas y el asfalto se apompaba. Uno iba por las aceras estrechas envuelto en una mezcla de horno y gases de los coches. Y en invierno la lluvia y el frío te seguían arañando y te encogían, los coches salpicaban los charcos y te mojaban las piernas. Se podían salvar la primavera y el otoño, pero son cortos en Madrid.

Cuando habías pasado la mitad del puente entonces llegaba el olor. El Matadero estuvo muchos años situado entre la orilla del río Manzanares y la plaza de Legazpi. Puestas a secar, en las alturas abiertas de las naves que daban al puente, se podían ver colgadas al aire pieles y vejigas de cabras y ovejas, para la fabricación de panderetas y zambombas; el sebo que las cubría impregnaba la atmósfera de un hedor untuoso de putrefacción, un olor de los que casi podían provocar arcadas. A mi hermana, que aún le quedaban unos años para nacer, cuando era pequeña y había que pasar aquel tramo del puente, mi madre le ponía unas gotas de colonia Heno de Pravia en un pañuelo, para que se lo pusiera en la nariz. A los chicos no.

Cruzar el puente era, la mayoría de las veces, una maldición. Hasta las acacias que había en los extremos estaban renegridas y enjutas y, aun así, hacían el esfuerzo de florecer, las pobres ¡cómo es la vida!

Sé lo que digo porque muchos días tuve que cruzarlo hasta cuatro veces para ir al metro. Lo paradójico es que uno lo pasaba como si nada, con una incómoda tranquilidad; charlando con un amigo, o solo, o corriendo porque llegabas tarde donde fuese. Eso sí, se veía mucho cielo. Ése día, de la mano de mi padre, no pensaba todavía nada sobre el puente, seguramente iría contento. Habían empezado las vacaciones. Gaviotas urbanas planeaban sobre el río gris. Alguna lanzaba un grito seco que parecía contagiarse a otras, que también empezaban a gritar.

En la boca del metro de Legazpi siempre había un hombre que vendía perfumes, vestido como un maharajá hindú con su turbante y todo y, si te descuidabas, te llevabas como muestra una rociada de pachuli.

Salimos del metro en la estación de Argüelles. La iglesia donde me bautizaron y la habitación alquilada en la que habíamos vivido, hasta hace más o menos un año, estaban a cinco minutos de la casa de mi tía. No era la primera vez que iba, aunque era demasiado pequeño para acordarme.

Bueno, en realidad no era su casa, era la casa de doña Rosario, en donde mi tía estaba interna sirviendo. Había llegado con 16 años a Madrid, justo pocos días antes de que yo naciera. Sus hermanas ya estaban sirviendo en la ciudad, como lo había hecho mi madre antes de casarse y pasar a tener otro oficio llamado “de profesión sus labores”, o sea, criadas sin sueldo; por no decir otras palabras más dolorosas.

Un día mi tía dijo en el pueblo *“Me voy para ganar para un abrigo y un reloj y luego vuelvo a Pedraza”* Pero ya sólo volvió de vacaciones.

Mi madre, mi abuela y ella misma contaron muchas veces que ya desde niña era muy rebelde, que tenía mucho genio decían. No entendía conformarse con aquella vida pobre de posguerra que les había tocado vivir, y con siete u ocho años le decía a mi abuela *“Pero madre, usted no sabe gobernar una casa; nunca hay de nada. Viene el tío de las peras y*

usted no compra peras; viene el tío de los quesos y no compra quesos; viene el mielero y no compra miel, pero qué forma es esta de gobernar una casa. Ya verá, madre, ya verá, cuando yo sea mayor no va a faltar de nada, ¡yo sí voy a saber gobernar una casa! “¡Ojalá, hija mía, ojalá!” contestaba mi abuela.

De los siete hijos que tenían mis abuelos ella era la penúltima, nació seis meses después de terminar la guerra civil. Ni siquiera sabía por qué su madre guardaba los huevos de las gallinas y ni de eso se podían hartar; los canjeaba por retales de tela para poder remendar la ropa de la familia. No podían entender el hambre. Contaban que iban al muladar del pueblo a rebuscar desperdicios. Si encontraban una monda de patata la lavaban y la freían en manteca, o una piel de naranja que allí mismo se comían, y era un lujo si lo que encontraban era una corteza de tocino o de queso. Era lógico que no quisiera volver a aquellas penurias que incendiaban los campos hasta despoblarlos.

Al pueblo llegó un día un hombre que hacía la permanente a las mujeres y ella, siendo ya mocita, quiso hacérsela, pero mi abuela no quería, imagino que por no gastar dinero. El tío Isidro que la quería mucho intercedió por ella *"ande, madre, deje a la chica que se haga la permanente"*; a lo cual finalmente accedió mi abuela. Parece ser que le pusieron unos bigudíes y empezó a salir humo de todo aquello ¡imagínate los químicos que llevaría eso! Luego, el mismo día, mi tía se fue a coger moras a un zarzal con unas amigas y se le enganchó el pelo en las zarzas y adiós permanente. No quiero imaginar la desazón de mi tía y el cabreo de mi abuela Laura.

Quizá por esa rebeldía era por lo que mi madre pensaba que mi tía era “más moderna” y cuando se compraba ropa siempre iba con ella para dejarse aconsejar y no ser tan sobria *“es que tía Tina me ayuda a escoger algo un poco más alegre”* decía; sin embargo mis primos, sobre todo Roberto, venían a arreglarse la ropa a mi casa *“Roberto, a mí no me marees, vete a casa de tía Isa que te coja el dobladillo de los pantalones, que a ella le sale perfecto”* y es que a mi madre le gustaba la costura y lo hacía de maravilla, igual que mi abuela. No siempre las herencias son económicas. Mi tía Tina, sin saberlo, también había heredado parte del genio de su madre.

Al principio de llegar a Madrid mi tía iba muchas veces llorando a ver a mi madre, su hermana mayor “¿Pero por qué lloras, Tina, te tratan mal, no te dan de comer...!?” No era nada de eso. Se sentía sola, perdida en una ciudad tan grande, casi una niña que apenas había salido del pueblo. Pero se le pasó, se compró el abrigo y el reloj, que se lo compró a mi padre porque, además de trabajar en un laboratorio, también hacía de representante de una tienda de relojes. Madrid se encargó de enraizar en ella. Había caído, además, en una casa con suerte.

Doña Rosario era soltera y la trataba casi como si fuera una hija que le hubiese llegado desde una aldea de Salamanca. Lo que siempre ha dicho mi tía es que para ella era como una madre y que, de hecho, tenía mucha más confianza que con mi abuela. Que le enseñó todas las tareas domésticas, pues es de imaginar que una niña de pueblo, con las cuatro reglas aprendidas y el hambre auestas mucho no sabía. Hasta le hacía ella misma ropa a mi tía durante los quince años que estuvo allí.

La protegió y ayudó durante toda su vida, incluso cuando mi tía se casó y tuvo su propia casa. Entonces doña Rosario pasó a llamarse La Madrina porque amadrinó al primer hijo de mi tía, mi primo Alfonso, y le dejó en herencia un tercio de su casa. Entre ella y su amiga íntima, a la que llamábamos La Carmen Pérez, que también amadrinó al segundo hijo de mi tía, pagaron los estudios de mis primos en buenos colegios y se los llevaban al El Corte Inglés a comprarles ropa. Mi prima Susana ya no tuvo tanta suerte porque su padrino fui yo, que nunca he tenido más que para sobrevivir.

Por esas casualidades que tienen los destinos la mujer que la sustituyó se llamaba también Agustina, era muy ordenada, trabajadora y excelente cocinera, pero tenía un carácter muy agrio y La Madrina siempre decía que echaba de menos el carácter alegre de mi tía.

Tuvieron un vínculo muy especial. La Madrina falleció con más de noventa años en su casa, de la mano de mi tía, que recuerda emocionada que *“había ido a atenderla esa noche, le di un vaso de leche y poco después se durmió para siempre con total paz”*. Lo sintió tanto como cuando murió mi abuela.

Esta mujer fue siempre muy atenta y cariñosa con toda nuestra familia, buscó trabajo para varios de mis tíos, para alguno de mis primos y para el marido de mi tía. Recuerdo que, si doña Rosario iba a visitar a mi tía y mis primos a Villaverde, mi madre nos llevaba a verla. Cuando aprobé las oposiciones para auxiliar administrativo en la función pública vino con mi tía a nuestra sencilla casa de Almendrales y me felicitó efusivamente. Siempre me había dicho *“Estudia, hijo mío, tu estudia”* y de alguna manera se sintió orgullosa, y yo también.

Guardo un grato recuerdo de doña Rosario, y de aquella casa de postín de la calle Alberto Aguilera a la que estábamos a punto de llegar. En un estanco mi padre compró un paquete de Celtas Cortos; me gustaba mucho el vikingo azul que venía dibujado en la cajetilla, con la espada en alto y alas en el casco. Encendió un cigarro, que tiró al suelo y aplastó con el pie al llegar a una puerta de cristal protegida con una reja modernista, la empujó y entramos.

Soltó mi mano para apretar el botón del ascensor, que era de madera con ventanas y una doble puerta batiente para entrar en él. Olía a barniz envejecido, lejí y algo de humedad; se movía lento dentro de una especie de jaula de hierro envuelta por las escaleras y las luces tenues de los descansillos, haciendo ruidos parecidos a entrechocar de huesos. Se agradecía estar a cubierto porque yo era un niño friolero, bueno, igual que ahora de mayor. Paró con un poco de brusquedad en el tercer piso. Habíamos llegado. Mi padre tocó el timbre y al otro lado de la puerta oímos pasos, tras la mirilla de bronce apareció una cara fragmentada en forma de hélice. Nos abrió un torrente de júbilo.

Y una voz aguda, cristalina y nítida de castellana dijo con énfasis *“¡Hola, precioso!”* mientras me daba dos besos aún con el pasamontañas puesto. Mi tía siempre nos ha saludado así, con un ¡Hola precioso! que ella alarga en la parte media de precioso, así *“preciooso”*. Que alguien te llame precioso, propiedad que yo atribuyo a las joyas, a las obras de arte y a los paisajes que lo merecen, me parece un gran honor. Todavía ahora, que ya somos todos viejos, nos sigue saludando así. *“Hala, pasad y*

quitaros los abrigos, que aquí se está muy calentito, hace mucho frío fuera ¿verdad, precioso?, vamos a ver a doña Rosario”.

Las habitaciones daban a un largo pasillo que tenía unos pequeños ventanucos en la parte alta, que apenas daban luz. Tenía una decoración escasa, pero recuerdo ahora un par de azulejos de esos con frases como moralejas, uno decía "os huespedes ea pesca a los tres días apestan" en gallego; y creo que otro decía "barriga llena corazón contento". El suelo era de parquet en forma de espiga y mi primo Roberto me contó que, cuando iban allí, él lo usaba como pista de patinaje. Aquel piso me parecía algo así como un palacio lleno de habitaciones con nombres que en mi casa no existían; el despacho, la clínica, el gabinete, dormitorio de invitados y de servicio con aseo, además de sala, comedor y cocina, naturalmente. Como si tuviesen nombres propios. En el pasillo no entraban los ruidos de la calle, había un silencio casi solemne. Y fuimos al gabinete, aquella habitación que para mí tenía un nombre tan misterioso. No sé qué pensaba yo que podía ser un gabinete.

Una presencia corpulenta y vigorosa se levantó del sillón donde leía el periódico, dio la mano a mi padre y a mí, que ya no tenía el pasamontañas, un par de besos *“¡Hola, precioso!”*. Ella también decía hola precioso alargando la o central, pero con su voz grave de contralto. Le faltaban los pechos porque se los habían cortado durante la guerra. Mi tía supone que tuvo cáncer, pero en realidad no sabe por qué. Aún así su presencia era sólida. No recuerdo el color de sus ojos pero sí su amabilidad; los de mi tía sí porque son los de mi madre, y los míos.

Sesenta y tres años después de aquel día he sabido que tuvo relación con organizaciones sociales durante la República, y después de la guerra fue depurada. Era médico de formación, ginecóloga, que entonces yo no podía saber qué era aquella palabra tan retumbante; y gracias a los contactos con altos ejecutivos y empresarios por haber atendido a sus mujeres, las señoronas, como las llama mi tía, en su clínica privada en la casa donde estábamos, pudo restituir su plaza de funcionaria en el Ministerio de Hacienda, donde trabajaba por las mañanas. Además pasaba consulta gratuita, al menos un par de veces por semana, para personas sin recursos; probablemente en alguno de los barrios marginales de Madrid. Llevaba los medicamentos que le traían los representantes

farmacéuticos. También, a través de mi tía, hacía llegar penicilina a mi tío Segis hasta que murió. Fue el único hermano que no se marchó del pueblo, era pastor y estaba enfermo de tuberculosis.

Doña Rosario, La Madrina, era una mujer muy singular. Se encargaba de mandar los periódicos de España a su amiga Clara Campoamor, exiliada en Suiza. Cuenta el marido de mi tía que incluso conoció a La Pasionaria y había ido a Rusia.

Ojalá hubiese sabido todo esto cuando ella vivía y yo, con veinte años, era un joven más combativo que ahora, que he dejado de creer en tantas cosas. Para que me hablase de un tiempo en que yo aún no existía, aquel tiempo que era un fantasma lleno de muertos, oculto en el corazón de los vencidos, un tiempo que intentó conseguir un país donde las miserias no reptasen por los bordes de las ciudades.

Claro que doña Rosario tenía sus secretos, o prudencias, que muy poca gente sabría. Igual que todos. Ahora me pregunto cómo se las arregló para moverse entre las rocas afiladas del régimen siendo una republicana, por mucha robustez y astucia que tuviese su carácter.

De los orígenes familiares no sabemos casi nada, sus padres eran de Bilbao y tenía hermanos en Barcelona y Madrid. Ya está, no hay más.

“¡Y qué grande estás! ¡Cómo has crecido!” me dijo; y mi tía *“está muy guapo ¿verdad?”* *“Claro, sí él es un niño muy guapo”* contestó *“¿y estás contento con el hermanito?”*... Supongo que respondería que sí. Siempre nos trataba con familiaridad.

Así que esto era un gabinete, una sencilla sala de estar con un alto ventanal por el que se veían los árboles de la calle. Era allí donde doña Rosario intentaba, con poco éxito, dar clases a mi tía, que se pasaba la hora mirando por el ventanal a los chicos que salían de la escuela de la Universidad Pontificia, que estaba justo enfrente, y esperando que las agujas del reloj de Los Areneros fueran rápidas por sus números romanos.

Intentó también que se apuntase a una academia de corte y confección, a que se sacase el carnet de conducir y el graduado escolar, al menos. Mi tía siempre dice que *“prefería fregar cacerolas y limpiar los cristales a recibir clases”*, en fin... Y eso que tenía tiempo para haber estudiado, ya que contaba con la ayuda para las tareas de limpieza de la casa con una chica que iba dos veces por semana. Era andaluza, cantaba mucho y mi tía se divertía con ella.

Los tres adultos se sentaron alrededor de una mesa camilla, arropándose las piernas con los faldones. A hablar cosas de mayores. *“¿y cómo están Isabel y Miguelito?, que en unos meses ya habrá pegado un estirón”* Comencé a escuchar como de lejos *“¿Y el trabajo va bien, Santos?”*... un murmullo que para mí se iba deshaciendo porque estaba de pie absorto en otra cosa.

Ocupando toda la superficie de un mueble grande había una maravillosa geografía, un trozo de planeta imaginario donde todo es paz. Mis ojos quedaban justo en el mismo horizonte de aquel paisaje. *“Me ha dicho Tina que ya habéis terminado de arreglar el piso”*... su conversación dejó de existir para mí.

Entre montañas de corcho y piedra volcánica una cascada caía sobre un río con agua de verdad. Preciosas figuras de barro de estilo napolitano cargaban frutos de la tierra, felices; lavaban o pescaban en el río, vendían carne, molían trigo. Había rebaños entre praderas y arenales, casas, tiendas; soldados romanos que custodiaban en lo alto el palacio de Herodes, sin estar degollando inocentes ni crucificando. Un grupo de pastores alrededor de una hoguera estaban asombrados ante un ángel que flotaba sobre ellos, mientras otros con miradas tiernas llevaban regalos a un pesebre con su paja, su mula y su buey, donde la Sagrada Familia brillaba con humilde agradecimiento.

Y lo que me parecía más fascinante eran aquellos camellos que, con dignidad animal, bajaban por un camino llevando a los tres Reyes vestidos de lujo, con sus pajes y sus ropas orientales, que ya no traían nada de corderos, pollos o frutas. Traían tesoros en copas y cofres y además eran magos, como en alguno de los cuentos que leía. Yo desconocía qué era el

incienso y la mirra que venían de Oriente, ¡Que tampoco sabía yo dónde estaba El Oriente, sólo que lejos! Eran esplendidas aquellas figuras napolitanas de los reyes, pero el que más me gustaba era el rey negro, aunque no tengo una explicación para esto. Me parecería el más exótico. Hasta musgo natural tenía el belén, y juncos naturales en las orillas del río.

Detrás de todo, en la pared, una estrella de cola deslumbrante cruzaba un firmamento inmóvil de papel de charol azul. Mi cabeza era como la de un dios que contempla desde el aire.

Estoy en eso, sin las voces de los adultos, cuando mi tía se levantó de la silla y se acercó a mí *“¿te gusta el belén, hijo?” “te voy a dar las luces”* dijo acariciándome el pelo *“Sí, dale las luces, Tinita, pero cierra las cortinas para que se vea mejor, aunque ya es casi de noche, pero ciérralas, ciérralas, verás así que bonito es”* dijo doña Rosario. Mi padre sonreía. El día comenzaba a entrar sin fuerza por el ventanal. En una de las paredes del gabinete unos faisanes pintados querían salir volando de dos platos de porcelana.

Desde pequeño me gustan los Belenes, gusto que he compartido con más gente. Tiene su punto ese juego de pensar espacios y narrativas irreales, atraparlos y vestirlos de otra época. Ahí nadie te dice cómo tiene que ser el mundo. En Nápoles, con Gabi, una mañana intentamos ver un Caravaggio y ya no recuerdo si no encontramos el sitio o estaba cerrado, el caso es que no lo vimos y nos fuimos a la calle de los pesebres. La atmósfera de la Vía San Gregorio Armeno era estrecha, antigua y vieja; abajo, desde las tiendas de figuras y talleres, una tradición de siglos salía hasta la calle.

Al no ser temporada turística apenas había gente y pudimos ver con tranquilidad un montón de mundos en miniatura para montar escenografías. Tejas, ventanas, picaportes, muebles, vajillas y cristalerías exquisitas, pueblos preciosos e imposibles. Hecho con maestría y habilidad. Una infinitud que nos dejó asombrados. Hasta telas de papel maché para vestir las figuras como tú quisieras. Todo carísimo de la muerte, claro. ¿Cómo podía imaginar San Francisco de Asís que su idea de

representar el nacimiento de Jesús, una Navidad de 1223, iba a tener tanta popularidad? Aquel belén viviente sería el origen de una iconografía popular y una variada artesanía.

Por supuesto que no podíamos irnos de Nápoles sin ver esta calle donde antes estuvo un antiguo templo romano dedicado a Ceres, la diosa de la tierra y la fertilidad. Allí pasamos la mañana y nos fuimos con una sensación surrealista y espléndida, de emociones apacibles, silenciosas, sin sobresaltos, con fulgor en la mirada y sonrisas interiores, parecía que saliéramos de un libro que empezase por “Erase una vez...”

Cuando mi tía cerró las cortinas y enchufó las luces aquel escenario cambió por completo. Pequeños puntos de colores iluminaban, sin parpadeos, rincones ocultos. Todos miramos hacia la noche de aquella geografía, como cuando se va en un tren mirando las luces que flotan en las sombras.

Mientras tanto mi tía se fue sin decir nada. Doña Rosario y mi padre comenzaron a charlar de nuevo, pero en voz baja, parecía que las luces del belén hubiesen conjurado una intimidad de susurros. Al cabo de un rato dijo *“bueno, guapo, hala, vamos a merendar al comedor”*. Salimos del gabinete. El belén se quedó encendido.

La lámpara del comedor atrapaba entre sus telarañas de cristal la última luz de la tarde. “Siéntate aquí, precioso” dijo doña Rosario; pero yo, sin pensarlo, había ido hacia otra de las sillas que estaban alrededor de una mesa grande; tenían respaldo de cuero repujado, bastante historiadas. Ella no dijo nada. Puso un cojín en la que yo había elegido, me alzaba para llegar bien a la mesa.

Los muebles eran de madera oscura, bien labrados, antiguos, macizos, buenos. Aquel espacio producía respeto y seguridad. Uno podía ver que estaba en una casa rica. Y además tenía teléfono, tocadiscos, televisión y una mesita de juego con un tapete verde. Sobre la repisa de mármol del aparador se apoyaba una vitrina, alzada por columnas torneadas; donde lucían copas de cristal y porcelanas.

A pesar de la seriedad aristocrática del comedor se respiraba un ambiente familiar, cercano, de simpatía. Cuando la noche ya entraba por el mirador doña Rosario dio la luz, las lágrimas de la lámpara centellearon. Extendió en la mesa un mantel que sacó de un cajón del aparador y cuatro servilletas de hilo. Grecas de escayola enmarcaban los altos techos. Y por el pasillo venía en una bandeja el aroma de la merienda. Mi tía dejó sobre la mesa cuatro tazones con chocolate y una cajita de cartón fino, en la tapa ponía Viena Capellanes. *“¡Hala, vamos a merendar!”* dijo doña Rosario. *“¡Vamos Tinita, siéntate ya, antes de que se enfríe el chocolate!”* Abrió la caja y vi por primera vez las tejas de almendra. Ni sabía que existieran ni he olvidado ese primer momento de probarlas. Aquella maravilla, que ahora me limita la diabetes, fue un impacto para añadir a mis cosas favoritas, quedé fascinado.

“¡Ten cuidado, no te vayas a manchar!” dijo mi padre. Mi tía cogió la servilleta y me la puso como babero sujetándola al cuello de mi jersey *“pero no comas muchas”* continuó mi padre *“a ver si te vas a empachar y luego no cenas”* *“¡anda, hombre, déjale, que disfrute, no comer por haber comido no es pecado, como dice abuela”* respondió mi tía. Doña Rosario sonrió y con su voz grave, y a la vez tierna, dijo *“bueno, un día es un día ¿verdad, hijo? Tú come las que quieras, y si sobran te las llevas para tu madre, para Miguelito no, que aún no puede comerlas, todavía es muy pequeño”*.

Mientras merendábamos aquella delicia crujiente me entretuve en mirar un cuadro grande que había en la pared, frente a mí. Por algo debía de haber elegido ese sitio. Siete niños gordezuelos, de apenas tres años, jugaban a transportar una guirnalda de frutas y hojas; quieren llevarla hacia un paisaje nublado que más parece un abismo. Están desnudos entre unas rocas como de sombra y en el suelo una pera y un melocotón se han desprendido de la guirnalda.

Otra vez la conversación de los mayores se había convertido en rumor. Mis ojos flotaban del chocolate y las tejas al cuadro. Parece que la guirnalda pesa demasiado para aquellos niños tan pequeños; la abrazan como pueden, ciruelas y racimos de uvas caen en sus espaldas, sus manos se hunden entre las frutas, están muy concentrados en la tarea y sólo dos

me miran, uno de ellos con pícaro sonrisa, tal vez pensando que están haciendo una travesura. Pero parece que sí, que pesa demasiado.

Ya estaba terminando el chocolate, había comido las tejas con moderación porque había que ser educado fuera de casa. Yo era, de niño, todo lo que no fui de mayor, tranquilo, obediente y más bien tímido, y seguía disipado en la contemplación de aquellas desnudeces magras de carnes blanquísimas, cuando dijo mi padre *“tendremos que irnos, se nos va a hacer muy tarde”*, mi tía replicó *“pero qué prisa tenéis, anda tarde ni qué tarde, si es que ahora se hace de noche muy pronto. Si aún tengo que darle al niño una cosa. Lorenzo, guapo, ven conmigo”*

Mi tía no llevaba uniforme, ni cofia, ni nada de lo que se atribuye a las criadas. La cocina sí era muy luminosa y grande, aunque el pasillo de la casa me hubiese parecido un poco inquietante. Todo estaba impecable y pulcro; con su reloj y todo colgado en la pared.

“¿Pero qué tiene que darme mi tía en la cocina? Será algo para mi madre” debí de pensar. Esas Navidades del año 1961 había una sorpresa dedicada a mí.

Por una puerta que estaba entre vasares mi tía entró en su habitación; escuché abrir un armario y salió con una bolsa grande de papel. *“¡toma, precioso, es para ti!”* No sabía qué hacer y me quedé con la bolsa en la mano, esperando. Ella sacó de la bolsa un paquete envuelto en papel de regalo *“ábrelo, pero ten cuidado, no le des golpes ni lo muevas mucho, para que no se rompa lo que hay dentro”* Aumentó mi curiosidad. Casi no me atrevía a romper el papel de charol esmeralda. Mientras lo hacía sus ojos castaños me miraban, alumbrando emociones que temblaban en sus labios.

Y ¡Oh, sorpresa! Nunca sabré que cara debí de poner cuando apareció un pesebre de madera y cartón pintado, del tamaño de una caja de zapatos, más o menos; los frontales eran de corcho simulando roca y briznas de musgo artificial, con ventanas laterales y techo de pajas. Pero aún había más. Dentro del pesebre, como si de una matrioshka se tratase,

había una caja de cartón estriado, sellada con una tira de papel adhesivo rojo. Mi tía me ayudó entonces a despegar la tira y entre una colcha de virutas de madera reposaba El Misterio, incluidos la mula y el buey, todos de barro pintado *“¿te gusta?! “Sí, mucho, gracias tía, es muy bonito”* y me plantó dos besos de los que hacen ruido.

¡Menudo momentazo! Saqué cada figura para verlas mejor, poniéndolas con cuidado encima de la mesa de la cocina. Ya digo que no sé qué cara pondría, me volvería loco de contento.

Mi padre y doña Rosario vinieron para verlo *“es muy bonito, Lorenzo, ahora hay que completarlo, con los reyes y pastores y animales”* dijo ella. *“mañana iremos a comprar más cosas; hala, hijo, recógelo, que tenemos que irnos... Gracias, Tina”* dijo mi padre. *“¿estás contento... has dado las gracias a tu tía?”* *“Claro que sí”* respondió ella *“si él es un niño muy bueno”*.

Mientras yo guardaba las figuras en su caja mi tía se puso un mandil ribeteado de encaje, fue a la fresquera que había bajo la ventana y sacó un trozo de queso encerrado en una urna de cristal y huevos que estaban dentro de un puchero de alambre. Doña Rosario salió de la cocina y regresó con la caja de Viena Capellanes *“Guarda también las tejas, para tu madre”* y de un bote de porcelana que estaba en un vasar sacó un puñado de bombones *“toma, hijo, esto también, ¿verdad que te gustan los bombones?”* que cayeron como granizos de colores brillando en la bolsa de papel donde iba todo. *“Ah, Santos, y dile a mi hermana que yo iré, después de comer, el día de Nochevieja. Que no se ponga como loca a guisar, que la conozco, que ya lo hacemos entre las dos”*

Salieron a despedirnos. Más besos. Me pusieron la trenca, los guantes y el pasamontañas, prenda que no me gustaba nada porque los pelillos de lana se me metían en la boca. Con seis años no podía decidir, así que no tenía escapatoria. *“Abrigaros bien, que hace mucho frío”*.

“¡Adiós, precioso, adiós!” volvió a decir mi tía cuando salíamos; su voz seguía siendo aguda y cristalina, pero el precioso ya no tenía la prolongación en la o central. Esperó con la puerta abierta hasta que entramos en el ascensor. Y tenía los ojos húmedos.

Luces de colores colgaban en la calle, con forma de ángeles, campanas y estrellas. El perfil de la ciudad se recortaba en un cielo de grafito helado, y el vaho de las respiraciones de la gente se disolvía en la noche y en los escaparates de las tiendas. Algunos hacían cola para entrar al cine, de la puerta de una floristería salía un aroma fresco de flores cortadas. Durante unos minutos nos paramos tras el cristal de una juguetería para ver un mono de chapa que tocaba los platillos.

Mi única preocupación era que la bolsa que llevaba mi padre no se mojara con el aguanieve que comenzaba a caer. Es fácil ser feliz cuando sabes que te quieren. El belén, los besos, abrigarte, las tejas de almendra...

En la esquina de la calle Princesa con Marqués de Urquijo un ciervo de neón blanco saltaba por los tejados, anunciando un hotel y, desde algún lugar cercano a la boca del metro, llegaba el olor de castañas asadas.



UN VESTIDO EN NOCHEVIEJA

Fue mi madre la que me llevó al día siguiente a una papelería en Marcelo Usera, justo en la misma que yo me compré, con doce años, el primer libro con mis ahorros; un Quijote escolar con ilustraciones de Doré. Allí compramos cosas para completar el belén. No muchas, porque el dinero no sobraba en casa. Pero me bastó. La ilusión de un niño de mi clase social no se basaba, entonces, en la abundancia. Ya era bastante afortunado con el regalo de mi tía, que era lo principal. Apenas media docena de figuras; un ángel con una cinta blanca entre las manos donde pone Gloria; cinco familias de animales. Todo es de plástico y, por supuesto, no de estilo napolitano. Un puente que sí es de madera, dos casas y un molino de corcho; otra media docena de rocas también de corcho para hacer montañas, una ristra de luces de colores y dos bolsitas de serrín, una de ellas sin teñir para hacer caminos y otra teñida de verde para hacer campo. Y los Reyes Magos, claro, eso era imprescindible, que sí son de barro, pero no van en camello sino en tres caballos de colores diferentes. Todo sencillo.

Digo que son porque todavía conservamos ese belén, que se fue ampliando con los años y con lo que aportaron mis hermanos. Fuimos teniendo pozo, lumbré y hasta un espejo redondo para hacer un lago. Con la plata que envuelve los chocolates hacíamos el río; aún tardaríamos años en tener rollos de papel Albal. La vegetación la cogíamos de los descampados o los parques. Nunca tuvimos romanos ni castillo.

Cuando nos hicimos mayores estuvo años sin ponerse, guardado hasta que nacieron mis sobrinos. Mi hermana, desde entonces, lo vuelve a poner todas las Navidades en su casa. Mis sobrinos, en plan gamberro, añaden algún guerrero galáctico, un spiderman sentado en el brocal del pozo y otros muñecos de ciencia ficción de los que yo no sé ni su nombre. A veces esconden al niño Jesús y tenemos que rescatarlo entre las gallinas o los arbustos para ponerlo en su sitio. Ellos se ríen.

Pero fue el pequeño belén el que vio mi tía cuando llegó, como había dicho, el día de Nochevieja después de almorzar. Venía cargada con un bolso de viaje que dejó en mi habitación y otra bolsa de rafia que dejó en la cocina con cosas para la cena.

“¡Pero Tina ¿cómo has venido cargada desde allí? Ya te dije que no traieras nada!” La regañó mi madre *“¡Anda, déjame, pero tonta, si no me cuesta trabajo, si además doña Rosario me ha pagado un taxi para que no viniese cargada en el metro, venga, nos tomamos un café y nos ponemos en la cocina, que luego se nos hace tarde”* replicó mi tía con desparpajo.

Yo me pasé la tarde en la calle, jugando con mis amigos del bloque al escondite inglés, y a la lima porque como había llovido la tierra estaba blanda.

Para un niño la Navidad es un tiempo dilatado y brillante. No hay colegio. La ciudad se llena de bullicio y de luces. Pedíamos el aguinaldo cantando villancicos con los que sacar a los vecinos unas perras o algún dulce. Besugos y corderos se hacen los protagonistas de la mesa y también mazapanes y turrones esperados durante un año. En apenas quince días todo se convierte en un torbellino. Un tiempo cargado de felicitaciones y familias que van y vienen, quizá para recordarnos que existimos más allá de significaciones religiosas. Mi familia no era especialmente devota, pero ya se encargaban los colegios y las instituciones de adoctrinar solemnidades, trascendencias y otras manipulaciones. Nunca quería que la Navidad terminase.

Ahora que ya soy viejo me parece muchas veces un tiempo esquizofrénico de consumo brutal, desmedido, innecesario para ser más o menos feliz. Y algunas veces un dolor de ausencias que, a ver, qué necesidad tiene uno de recordar sofocones que, por otra parte, ya vienen ellos solos cuando quieren.

Aquel día volví a casa cuando anocheció. En la cocina de carbón ya olía a cordero asado, porque si por navidad no había cordero a mi padre no le parecía que lo era; luego nos pasábamos varios días comiendo

sobras, que también era un alivio para mi madre, así se olvidaba un poco de guisar. A mí me gustaba esa cocina, sobre todo cuando las placas de hierro se ponían al rojo vivo.

Nuestra casa de Almendrales no se parecía en nada a la casa donde vivía mi tía. No teníamos un pasillo largo del que salían habitaciones con nombres propios. Sólo había dos dormitorios. Cuando las concedió el Ministerio eran precarias, estaban por dentro y por fuera en ladrillo y sin instalación eléctrica. Cada vecino tuvo que enfoscar las paredes y abrir rozas para instalar la luz. Hasta que tuvimos electricidad nos alumbrábamos con velas, y carburos que daban una luz verdosa dejando un olor ácido y mineral. Eso ya lo teníamos hecho después de un año de vivir en ella. Y ya estaba pintada. El suelo era de terrazo, más feo que un sin dios.

En el dormitorio de mis padres mi hermano comenzó a llorar cuando mi tía estaba preparando la mesa y llevando al salón platos con queso, chacinas y encurtidos. *“Tina, tráete la cuna a la cocina”* dijo mi madre. El niño se alzaba en la cuna agarrándose a los barrotes de mimbre, para explorar; sus ojos azules se afanaban en mirar aquella actividad doméstica. *“Sigue tu con la sopa mientras le doy de mamar”*. Mi madre cogió a mi hermano, se sentó en una silla y se sacó un pecho. Fue la primera vez que vi una teta. Me sorprendió. El bebé dejó de llorar y se enganchó a aquello que no se parecía en nada a la forma que tenía cuando estaba vestida. Entonces me fui a mirar el belén, como si de tanto mirarlo fuesen a cobrar vida las figuras, a balar las ovejas y a correr el río de papel de aluminio. No pasaba nada, claro está, la ilusión no siempre es poderosa.

Después de la cena oímos las campanadas en la radio. Se abrieron botellas de sidra y nuestros vecinos del segundo D y del tercero A pasaron a casa, con sus hijos, también pequeños y alguno adolescente. Nadie vestíamos ropa de fiesta. Con el alboroto mi hermano despertó y se volvió a enganchar a los barrotes de la cuna, sin llorar; a ratos se sentaba y se tocaba los rizos rubios. Pusieron en la mesa los dulces, y botellas de coñac

para los hombres; Calisay, anís Marie Brizard y vino dulce para las mujeres. A los niños, como mucho, nos daban una copita pequeña de sidra o, como algo extraordinario, agua con unas gotas de anís. Las bombillas colgaban aún desnudas, sin tulipas; y tampoco los muebles eran nobles ni las sillas de cuero repujado, eran de formica. Pero allí estábamos, alegres de tener una casa propia, felicitándonos el Año Nuevo.

Llamaron a la puerta y un hombre muy guapo vino a buscar a mi tía. Supongo que entonces yo no pensaría en la palabra guapo, porque un hombre sólo podía decir de otro que era “bien parecido”; no fuera a ser que pudiese levantar sospechas de ser maricón. La palabra gay todavía tardaría mucho en llegar. Nunca he entendido esa expresión, ¿parecido a quién, a qué? porque también se decía “el hombre y el oso cuanto más feo más hermoso”. ¡Qué cosas! ¡Qué absurdidades, qué surrealismos! Así que lo dejaremos en un hombre bien parecido vino a buscarla. No recuerdo haber vuelto a ver unos ojos de color zafiro como aquellos. Mientras se tomaba una copa mi tía entró en mi habitación para cambiarse.

Iban a bailar al Copacabana, una sala de fiestas que estaba a diez minutos de casa. Era muy famosa en el Madrid de los años cincuenta y sesenta porque actuaban orquestas y artistas famosos de esas décadas. Vi muchas veces carteles que anunciaban a Antonio Machín, y coches lujosos en la calle, en un barrio donde muy pocos tenían coche. Comenzó a decaer en los años setenta para convertirse en discoteca y más tarde en una delegación de la Agencia Tributaria. Ahora es un solar en obras, sólo dios sabe lo que van a hacer allí.

Quedé embobado cuando, al cabo de un rato, mi tía salió de la habitación ¡Pero qué guapísima estaba! Se había quitado la ropa de estar por casa; llevaba zapatos negros de aguja y guantes largos blancos. Estaba vibrante y floreciente. La parte alta del vestido era negra hasta la cintura, con un delgado cinturón de charol también negro; y la falda de tul en forma de corola de nieve, salpicada de minúsculas flores añil, tenía leves reflejos azules al moverse, como una aurora boreal en la gasa blanca. Sus

22 años irradiaban frescura y agua de colonia. Sus labios pintados eran una antorcha roja y por encima del escote una gargantilla de perlas ceñía su cuello delgado. Me sorprenden las emociones que se quedan prendidas, y, de tanto en tanto, afloran a la superficie de tus horas. La figura de mi tía, apareciendo en la puerta de mi dormitorio, permaneció en mi memoria.

Hay cosas que no se descubren en el momento que ocurren y eso me pasó a mí aquella noche. Yo no tenía ni idea de quién era Grace Kelly, por no saber no sabía, ni siquiera, que existiese una Grace Kelly ni que ya fuese una princesa. Aún no teníamos tele y la radio no retransmitía caras y cuerpos, sólo voces. Y 28 años después, un día 20 de febrero, sentado en mi casa frente al televisor, me dispuse a ver “La ventana indiscreta”. Entre el minuto 16 y 17 de la película Grace Kelly hace su aparición en escena y en la penumbra va encendiendo las lámparas de mesa del apartamento, mientras dice su nombre: Lisa Carol Fremont; con cada nombre enciende una lámpara que ilumina la escena, y se desliza con suavidad de pluma para lucir su último vestido, traído de París. Es una escena deslumbrante. Y ¡zas! Como si me hubieran dado un golpe en la cabeza, para despertarme de algo, la imagen de mi tía en aquella Nochevieja se fundió con la de Grace Kelly en la pantalla. Mi tía iba vestida igual que ella, de pies a cabeza, elegante y sofisticada.

Tal vez el vestido se lo había hecho doña Rosario; no era de París ni costaba 1.100 dólares, y seguro que las perlas eran bisutería, pero todo era una copia exacta de la actriz en la película, hasta los pendientes, el peinado y el color del pelo. No sólo Madrid la había atrapado, también el cine y aquel icono de la moda llamado Grace Kelly. Desde entonces siempre que veo a mi tía Tina me acuerdo de Grace Kelly, y siempre que veo a Grace Kelly me acuerdo de mi tía.

Regresó del Copacabana casi amaneciendo, aunque mi madre le había dicho que no volviese muy tarde y que tuviese cuidado y que lo pasara

bien. Intentando no hacer ruido para no despertarme entró con sigilo en mi habitación. Pero me desperté. Una pálida aurora entraba por la ventana. Se quitó los zapatos y, cuidadosamente, puso el vestido, la gargantilla y los guantes en una silla. Se puso un camisón, se inclinó hacia mí y me dio un beso en la mejilla *“duérmete, precioso, duérmete, que aún es muy pronto”*. Mis ojos medio dormidos que querían estar despiertos miraban, asomando desde el borde de las mantas, esa luz de silencio entrando de puntillas en la cama de al lado.

2 de mayo de 2025

